

¿ANTICAPITALISMO IMPOSIBLE?

No queda claro si Jeffrey Isaac concede legitimidad alguna al tipo de discusión que yo trataba de desarrollar en torno a las recientes intervenciones políticas de Pierre Bourdieu y Anthony Giddens. En primer lugar, parece desconcertarle el descubrimiento de que sigue habiendo marxistas. Dado que «la defunción de la perspectiva marxista [...] es ya un hecho consumado», nos invita a seguir el ejemplo de François Furet y abandonar sumisamente la escena histórica, dejando la política progresista en manos de quienes, con un espíritu de «pragmatismo democrático», se dedican a «resolver problemas». Se podría pensar que la considerable frecuencia con que se ha proclamado la muerte del marxismo habría debido imponer cierta precaución a sus apresurados enterradores, pero al parecer sigue habiéndolos.

Isaac admite que propongo una crítica convincente tanto de Giddens como de Bourdieu —«desde una perspectiva marxista»—, cuando afirmo que «ni uno ni otro poseen una teoría sistemática de las estructuras del capitalismo, ni una estrategia capaz de romper con los pujantes imperativos de la acumulación de capital». Las precisiones tienen aquí su importancia: según Isaac, la perspectiva desde la que escribo invalida mi crítica. Concepción hartamente peculiar de lo que significa una crítica, sin duda: ¿caso no es independiente, al menos en parte, la validez de un argumento o la lógica de un análisis, de su perspectiva originaria?

Para empezar con Giddens: incluso los más fervientes partidarios de su punto de vista, en sentido amplio, admiten en privado (al menos a mí así me lo han confesado) que *The Third Way* es un libro horrendo¹. No hay razón alguna por la que el proyecto de una alternativa de «centro-izquierda» a la socialdemocracia tradicional y al neoliberalismo no deba apoyarse con una argumentación bien trabada: *The Unprincipled Society*, de David Marquand, por poner un ejemplo, o *The State We're In* de Will Hutton, representan intentos serios de bosquejar esa alternativa, y es común a ambos la concepción de un «capitalismo participativo» superior en eficacia y equidad al modelo sin reglas angloamericano. Marquand y Hutton (el primero de ellos *ex-chef de cabinet* de Roy Jenkins, y el segundo recientemente nombrado presidente de la Industrial Society) no son precisamente bolcheviques, pero su intento de formular un

¹ Véase también la inquisitiva crítica de Alan Carling, que adopta como punto de partida los valores comunes al Nuevo Laborismo y a la tradición socialista: «New Labour's Polity: Tony Giddens and the "Third Way"», *Imprints*, 1999.

programa real, más que un montón de frases insípidas y relamidas, resultó demasiado radical para Tony Blair y Gordon Brown. Otros consejeros menos comprometedores los han sustituido: el libro *Living On Thin Air*, de Charlie Leadbeater (comparado con el cual *The Third Way* parece *Das Kapital*) se llevó, según se dice, la palma en Downing Street el pasado año. La vaciedad intelectual de esa obra se corresponde sin duda con la vacuidad del «proyecto» mismo, en el que el neoliberalismo ha reducido los compromisos igualitarios a mera retórica². Tampoco lucen mejor las cosas al otro lado del Atlántico, donde Robert Reich ha compartido la suerte de Marquand y Hutton, y donde la tercera vía de Clinton-Gore depende en gran medida de la gestión que el republicano de derechas Alan Greenspan hace de los mercados financieros para mantener la expansión de la burbuja financiera.

La propia mezquindad del pensamiento oficial de «centro-izquierda» es una de las razones por las que sigue siendo tan importante un serio debate estratégico en la izquierda. Isaac confunde completamente la intención de mi artículo, que consistía en contribuir a esa discusión, no cerrarla por anticipado. Afirma que no nuestro «deseos de aprender» de Giddens y Bourdieu, pero sólo un necio podría pensar que no tiene nada que aprender del autor de *Les règles de l'art* y *La Distinction*. Uno de los temas principales de mi artículo era la demostración de que las intervenciones políticas de Bourdieu en la pasada década han ayudado a abrir un nuevo espacio para la izquierda en Francia. Tampoco me parece adecuado despachar su crítica del neoliberalismo tildándola de «moralizante». Resulta curioso que Isaac, habitualmente tan bien dispuesto para recordar los pecados del marxismo, asuma aquí su tradicional desdén por la crítica moral. Muchos marxistas han aprendido en los últimos años la importancia de exponer y defender sus compromisos normativos tácitos. En esto Bourdieu puede ser de gran ayuda. Quizá porque su obra más temprana se centró en la manera en que se vive la clase, y cómo dan cuerpo las diferencias sociales a la propia textura de la vida cotidiana, se ha mostrado especialmente sensible a la escala del sufrimiento socialmente innecesario –lo que él mismo llama la *misère du monde*– producido por el capitalismo de mercado. Su evocación de una «economía del bienestar», por mucho que deje de especificar sus implicaciones institucionales, conecta potencialmente con el desarrollo que plantea Amartya Sen del pensamiento igualitario, cuya finalidad consistiría en igualar las capacidades individuales para asumir estados y actividades socialmente valorados³. Por otra parte, desde un punto de vista más analítico, los planteamientos de Bourdieu en *Contre-feux* sobre la inseguridad (*précarité*) como forma de dominación capitalista, y la investigación colectiva emprendida por él mismo y sus colaboradores sobre la forma en que los medios de comunicación abortan sistemáticamente los debates serios, constituyen importantes contribuciones a la sociología contemporánea.

La cuestión que yo quería plantear contra Bourdieu (y también contra Giddens, aunque con una esperanza mucho menor de obtener una respuesta interesante) era ésta: sus recientes escritos políticos suscitan algunos interrogantes clásicos acerca de los límites impuestos por las estructuras capitalistas a los inten-

² Para una evaluación crítica del igualitarismo de la tercera vía, véase Alex Callinicos, *Equality*, Cambridge, 2000, caps. 3 y 4.

³ Véase, por ejemplo, Amartya Sen, *Inequality Reexamined*, Oxford, 1992.

tos de regularlas, y sobre qué formas alternativas de coordinación socioeconómica podrían emplearse para remediar las disfunciones y la injusticia capitalistas. No decía que tuvieran que asumir las respuestas de la tradición marxista clásica a esas cuestiones; todo lo que argumentaba era que para que la crítica de Bourdieu del neoliberalismo satisfaga las esperanzas que ha despertado, tendrá que comprometerse seriamente, eso sí, tanto con estas cuestiones como con esa tradición. Si lo hiciera, todos nos beneficiaríamos y aprenderíamos algo en el debate, llegarán o no a zanjarse los desacuerdos.

Llegar a un arreglo con el capitalismo

Isaac, no obstante, descarta la necesidad de ese debate, apelando a lo que constituye su razón fundamental para desechar cualquier crítica realizada desde una óptica marxista. Para él, es un hecho que «no existe una alternativa a gran escala, creíble, al capitalismo». Por débiles que sean los argumentos de Giddens, «llegar a un arreglo con el capitalismo», como Giddens ha hecho, «es la única vía madura y seria que tenemos ante nosotros». La calificación de «madura» es, por supuesto, un rasgo habitual de la retórica conservadora (mi ejemplo favorito es la observación de Conrad de que «las mujeres, los niños y los revolucionarios carecen de gusto por la ironía»); pero Isaac no se limita a decir a la gente como yo que crezca y aprenda a vivir en la sociedad capitalista, sino que va más allá, comparando al capitalismo con la depuración del agua, la medicina moderna, las comunicaciones electrónicas, la tecnología industrial, las libertades civiles y el gobierno representativo, todos ellos «productos de la acción humana que no podemos trascender». Resulta casi demasiado fácil señalar que esa lista confunde innovaciones científicas y tecnológicas e instituciones políticas y sociales, que la crítica marxista del fetichismo de la mercancía trató precisamente de ayudarnos a distinguir. La mezcla de categorías que ese revoltijo de tecnologías y relaciones sociales encubre es obvia: mientras que la medicina, la electrónica y los sistemas de alcantarillado podrían mejorarse continuamente sin modificar su naturaleza, hasta el propio Isaac admitirá que no sucede igual con el capitalismo.

Isaac puede apoyarse en un razonamiento tan negligente porque cree que la historia ha resuelto la cuestión por él, poniéndose definitivamente de parte del capitalismo, con lo que no hace sino expresar el espíritu de la época. La experiencia del colapso estalinista y el fracaso socialdemócrata han conducido a la creencia casi universal de que el capitalismo no puede ser trascendido. En Occidente, al menos, las distintas posiciones políticas en competencia tienden todas a referirse a alguna versión de la ideología liberal; cuando no al neoliberalismo de las décadas de 1980 y 1990, a sus variantes comunitarias o igualitarias, representadas respectivamente por el republicanismo civil o por las teorías de la justicia de Dworkin y Rawls. En esa medida el aserto de Fukuyama de que el capitalismo liberal ha visto desaparecer a todos sus rivales ideológicos sistémicos se ha hecho cierta: parafraseando a Sartre, el liberalismo constituye el horizonte del debate intelectual y político de hoy en día.

Isaac da la bienvenida a esa situación como signo de «madurez», del triunfo del «pragmatismo democrático». Pero esa creencia de que no existe alternativa al capitalismo es precisamente la principal fuente de desesperanza social en el mundo contemporáneo. Ata a los que aspiran a algún remedio real para el

sufrimiento y la injusticia a los gobiernos de la tercera vía, que prosiguen las políticas neoliberales en la actualidad responsables, en primera instancia, de esa miseria. Tampoco se trata de una experiencia propia sólo del Primer Mundo: lo mismo puede decirse del Congreso Nacional Africano desde que llegó al poder en 1994, o de las presidencias de Fernando Henrique Cardoso en Brasil y Kim Dae-jung en Corea del Sur. La sensación de que «no hay alternativa» contribuye a alentar todo tipo de comportamientos destructivos –con frecuencia autodestructivos–, ante lo que la única respuesta de Blair y Clinton consiste en construir más prisiones.

¿Pero se ha detenido verdaderamente la historia mundial? Con el cambio de milenio, comienza a percibirse un desplazamiento sustancial en el talante político de una minoría significativa en los países capitalistas avanzados. La experiencia del triunfante neoliberalismo en el poder ha provocado un creciente conjunto de movimientos y corrientes de opinión que exigen una alternativa más humana y democrática al modelo económico dominante. Las manifestaciones con motivo de la cumbre de la Organización Mundial del Comercio en Seattle, vívidamente descritas por Jeffrey St. Clair en la *NLR* 238, y que han constituido su expresión más significativa hasta ahora, han tenido lugar en el momento culminante de la expansión norteamericana, que generalmente se supone que representa la libertad del capitalismo estadounidense con respecto a las antiguas constricciones, y en la ciudad que simboliza su nuevo dinamismo. Se constituyó un frente que unió al movimiento obrero organizado con movimientos ecologistas y campañas antipobreza, contra el intento de la OMC de institucionalizar una agenda neoliberal favorable a las multinacionales.

Hubo, por supuesto, importantes diferencias de opinión, y quizá de intereses, entre las fuerzas que se reunieron en Seattle; también hay poca claridad o acuerdo sobre la naturaleza de la alternativa que se desea frente al neoliberalismo, y una ambigüedad considerable sobre si se debe pretender una reforma o la abolición de la propia OMC (en esas discusiones está implícita, obviamente, la cuestión más general de si la alternativa debería ser una versión mejorada del capitalismo, o una sociedad de un carácter completamente distinto)⁴. Nada de todo eso es sorprendente, dada la extensión en la que el colapso del «socialismo realmente existente» ha devastado ese tipo de pensamiento. En parte como consecuencia del vacío resultante, muchas de las voces anticapitalistas contemporáneas más influyentes –en el Reino Unido, por ejemplo, la de George Monbiot– provienen de un entorno más «verde» que socialista⁵.

Francia

Sin embargo, lo importante es que están comenzando a surgir movimientos que expresan el deseo de alternativas, no sólo al modelo neoliberal, sino también, en cierta medida, al capitalismo *tout court*. Parece muy probable que ese deseo llegue a estimular el desarrollo de un pensamiento crítico más sistemáti-

⁴ Véase, por ejemplo, S. George, «Comment l'OMC fut mise en échec», *Le Monde Diplomatique*, enero de 2000.

⁵ Por ejemplo, «Land, Genes and Justice: An interview with George Monbiot», *Imprints*, 3.2, 1998-1999.

co sobre el capitalismo y otras formas de organizar las sociedades modernas. De hecho, puede argüirse que precisamente ese proceso ya está teniendo lugar en Francia. Las grandes huelgas del sector público en el invierno de 1995, y la oleada de luchas que siguieron, han creado un clima sociopolítico que no sólo llevó al gobierno a la «izquierda plural» liderada por Lionel Jospin, en las elecciones legislativas de 1997, sino que ha otorgado al pensamiento anticapitalista radical una gran audiencia, por primera vez desde que los *nouveaux philosophes* trataron de extirpar de Francia el marxismo en la década de 1970⁶.

El nuevo papel público de Bourdieu es una de las dimensiones de esta situación modificada, pero hay otras: por ejemplo, el conjunto de lectores y el apoyo organizado que ha adquirido *Le Monde Diplomatique* en los últimos años, y el surgimiento de nuevas coaliciones activistas como ATTAC, que hace campaña por la imposición del llamado «impuesto Tobin» sobre la especulación financiera internacional. Los defensores del antes hegemónico *pensée unique* neoliberal están comenzando a hacer sonar la alarma sobre el surgimiento de una nueva «extrema izquierda en la filosofía», representada no sólo por Bourdieu, sino también por Daniel Bensaïd, Etienne Balibar y Alain Badiou⁷. Ese clima intelectual y político, apoyado en un movimiento obrero cuya confianza se ha recobrado de forma notable desde 1995, ejerce una considerable presión sobre Jospin, obligándole a emplear una retórica socialista muy diferente del lenguaje de la «tercera vía», y a mantener sus promesas electorales —en particular, la semana de 35 horas—, lo cual le coloca en una situación en la que corre el riesgo de involucrarse en un conflicto con una patronal cada vez más agresiva⁸.

Una oposición anticapitalista

Uno no debe, por supuesto, atribuir, ya sea a las protestas de Seattle o a los acontecimientos en Francia, más peso político del que efectivamente tienen. Pero muestran que el neoliberalismo está comenzando a generar su opuesto, en forma de un talante anticapitalista entre las minorías desafectadas de las sociedades occidentales, que comienza además a hallar expresión intelectual, particularmente en el país donde el resurgimiento de la resistencia ha sido hasta ahora más fuerte. De eso no se sigue, como es evidente, que ese talante vaya a expandirse automáticamente hasta abarcar a una mayoría en un movimiento efectivo por la transformación social, ni que su articulación teórica vaya necesariamente a ser potente o persuasiva (dada la diversidad de corrientes en su

⁶ Sobre el nuevo período de la política francesa iniciado con las huelgas de 1995, véase J. Wolfreys, «Class Struggles in France», *International Socialism*, 2.84, 1999.

⁷ P. Raynaud, «Les nouvelles radicalités de l'extrême gauche en philosophie», *Débat*, mayo-agosto de 1999, pp. 90-116; véase también, desde una perspectiva muy diferente, D. Bensaïd, «L'exigence de critique», *Rouge*, 29 de julio de 1999.

⁸ Véase, por ejemplo, el discurso de Jospin en el Congreso de la Internacional Socialista, 8 de noviembre de 1999, en el que invocó *The Age of Extremes* de Hobsbawm (cuya traducción al francés se había visto bloqueada hasta muy recientemente por la prevaeciente hostilidad hacia el marxismo), e insistió en lo que todavía tiene de «útil» el método marxista, argumentando: «Debemos seguir analizando el capitalismo, a fin de darle réplica, dominarlo y reformarlo». <http://www.premier-ministre.gouv.fr/PH/DO81199.htm>

seno, con seguridad no será uniforme). Pero sigue en pie el hecho de que la hegemonía ideológica liberal está comenzando a resquebrajarse, apenas una década después de que Fukuyama anunciara su dominación durante toda una era.

Sería extraño, por otra parte, que esto no ocurriera, más pronto o más tarde. Hasta el propio Isaac reconoce que el capitalismo que él quería que nosotros abrazáramos es «un sistema profunda y globalmente desigual». Concede más adelante que «ciertas categorías del análisis marxista [...] siguen ofreciendo intuiciones penetrantes sobre los rasgos de la acumulación capitalista». ¿Hasta donde –se pregunta uno– llega esa concesión? ¿Reconoce Isaac que el capitalismo implica no sólo injusticia social, sino una tendencia intrínseca a las crisis? ¿O desecha la creencia en esa tendencia como un síntoma de la «crítica del capitalismo religiosa –de hecho, casi kierkegaardiana– que me atribuye? En el primer caso le atañen las preguntas que yo planteaba a Giddens y Bourdieu: ¿Cómo debería ser un programa serio de reformas encaminado a reducir la desigualdad y a controlar la inestabilidad capitalista? ¿En qué instancias sociales podría apoyarse, y cómo superaría la resistencia de «las fuerzas de la desigualdad y la indignidad» que han echado abajo otros proyectos reformistas anteriores? Pero si Isaac desestima esas cuestiones, y se une al complaciente consenso (en la actualidad alentado por la burbuja de los mercados de valores «tecnológicos») que afirma que el capitalismo ha superado por fin los ciclos económicos, se hace difícil entender qué sentido puede tener su pretensión de estar expresando opiniones procedentes de la izquierda, por mucho que amplíe ese concepto. La posición de Bourdieu me parece mucho más respetable, tanto intelectual como éticamente, al estar motivada por el deseo de aliviar el sufrimiento tan evidente en lo que Isaac denomina «este horrible, maravilloso y trágico planeta».

Las injusticias estructurales e inestabilidades económicas inherentes al capitalismo son tales que es obligado que provoquen amplios movimientos de oposición. Incluso si uno concediera que, como declara Isaac, «no existe [...] una idea creíble de lo que pudiera reemplazarlo», de ahí no se seguiría que siempre vaya a ser así. Suponer lo contrario equivale, en efecto, a afirmar que los modelos realmente contruidos por el estalinismo y la socialdemocracia resumen todo el pensamiento socialista de los últimos dos siglos, y todas las alternativas viables al capitalismo. Pero eso es tan absurdo como decir que un sistema social que sólo lleva existiendo, desde la perspectiva de la *longue durée*⁹, apenas un instante de la historia humana, ha agotado ya todas las posibilidades disponibles para el futuro.

Sólo estamos en el inicio de la desintegración de la hegemonía liberal, y no podemos predecir las formas teóricas o prácticas que las alternativas de izquierda pueden cobrar, ni menos aún el arraigo que pueden alcanzar. Las vicisitudes de la historia del mundo en el siglo xx aportaron bastantes sorpresas, ¿y quién puede dudar que el actual traerá más? Esta sensación de estar al comienzo de un período histórico nuevo y todavía imprevisible hace esencial el debate constructivo y abierto de miras sobre esas cuestiones.

⁹ Sobre esa perspectiva, véase Chris Harman, *A People's History of the World*, Londres, 1999.